

La inmensa tarea de la creación

Por HABEY HECHAVARRÍA PRADO

*Algunas consideraciones sobre la santificación del trabajo
en la obra del “santo de lo ordinario”*

Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975) continúa estando entre las personalidades más inquietantes y polémicas de la Iglesia universal del pasado siglo; aún después de que su santidad Juan Pablo II lo canonizara en octubre del 2002. Quien ofreció el sacrificio de una vida heroica y fundó, en el Madrid de 1928, la hoy Prelatura de la Santa Cruz y del Opus Dei, legó también una abundante obra escrita. Sus libros nacieron de la experiencia interior y la gestión sacerdotal. Divulgados en los más diversos idiomas, evidencian lo que el Papa Pablo VI consideró “un tesoro que ya no pertenece solo al Opus Dei”, según dijo en una audiencia a Álvaro del Portillo, cercano colaborador y sustituto de Escrivá al frente de la Obra. Lo anterior fue dado a conocer en *L'Osservatore Romano* (No.41, 2002, pag. 8) por Monseñor Flavio Capucci, Postulador General del proceso de canonización, a quien Don Álvaro se lo narró en 1978, dos años después de aquel encuentro con el Obispo de Roma. Fue, tal vez, el primer reconocimiento a la riqueza y actualidad de una antigua doctrina y su mensaje.

Redactado en un estilo preciso y elegante, nutrido con giros populares, este tesoro beneficia a personas de los cinco continentes. Ellas, aunque no pertenezcan a la Prelatura, obtienen en Camino, Santo Rosario, Via Crucis, Cristo que pasa, Amigos de Dios, Surco, Forja, Conversaciones con Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, Amar a la Iglesia y La Abadesa de las Huelgas una dirección para el seguimiento de Cristo desde las tareas cotidianas.

CONCEPCIÓN DEL TRABAJO

Analizando la laboriosidad y la diligencia como virtudes humanas, Escrivá de Balaguer enarbola el basamento bíblico de su concepción:

*El Génesis habla de esa realidad, antes de que Adán se hubiera rebelado contra Dios. En los planes del Señor, el hombre habría de trabajar siempre, cooperando así en la inmensa tarea de la creación.
(Amigos de Dios, 81)*

Recordó que el trabajo confirma nuestra participación en el poder divino, en el misterio de la creación. Dios creó al hombre y lo puso ante la belleza del mundo -no se cansó de repetir- *ut operaretur*, para que trabaje y custodie sus maravillas (Gn. 2, 15). La oportunidad posibilita a descubrir el rostro del Supremo Creador en la faena diaria, aceptar la Voluntad de Dios -verdadero fundamento de la vida contemplativa y de acción del Fundador del Opus Dei- y, como consecuencia de la filiación divina, hacer un uso consciente de la propia voluntad y la libertad personal.

Los libros publicados de San Josemaría (máximas, homilías, entrevistas, algún estudio) junto a las charlas y catequesis filmadas, además de lo que de su abundante papelería ha emergido a la luz

pública, reconocen en el trabajo social o doméstico el eje de su espiritualidad. De ahí el presupuesto:

nos hemos fijado en el ejemplo de Cristo, que pasó la casi totalidad de su vida terrena trabajando como un artesano en una aldea.

(Conversaciones, 10)



De manera especial tomaba de ejemplo a San José, *faber* o artesano, hacia quien sentía una devoción profunda, y se alegró cuando Juan XXIII anunció su inclusión en el canon de la misa:

Y así era: porque en la asamblea conciliar, que representaba a la Iglesia entera unida en el Espíritu Santo, se proclama el inmenso valor sobrenatural de la vida de San José, el valor de una vida sencilla de trabajo cara a Dios, en total cumplimiento de la divina voluntad.

(Cristo que pasa, 44)

Para Escrivá, de esa “vida sencilla” brota la visión del trabajo como

un signo del amor de Dios a sus criaturas y del amor de los hombres entre sí y a Dios: un medio de perfección, un camino de santidad.

(Conversaciones, 10)

Concibió la santidad del trabajo bajo una triple manifestación en el ser cristiano: la santificación del trabajo, la santificación personal en el trabajo y la santificación de otros mediante el trabajo.

SANTIFICAR EL TRABAJO

Una amplia zona del pensamiento del sacerdote español estuvo dedicada -siempre en un sentido sobrenatural- al estudio, la formación intelectual, el campo profesional, el trabajo manual, los oficios y aún las tareas más simples de la vida ordinaria. Aquellas menudencias, a las cuales se le resta importancia, para Escrivá eran decisivas:

816. Has errado el camino si desprecias las cosas pequeñas.

818. Las almas grandes tienen muy en cuenta las cosas pequeñas.

(Camino)

De “cosas pequeñas” dependen las grandes realizaciones, como la obra exterior y visible es un resultado de la obra mínima e interior. Por ello Juan Pablo II le llamó “el santo de lo ordinario” durante la misa de acción de gracias por la canonización en una repleta plaza de San Pedro. Aludía al carisma que tuvo su inspiración en el llamado a la santidad de los laicos, escuchado en los ambientes familiar o social. Cualquier trabajo, testimonio del Amor y la dignidad humana, será materia de santificación:

517. Santificar el propio trabajo no es una quimera, sino misión de todo cristiano...: tuya y mía.

Así lo descubrió aquel ajustador, que comentaba: "me vuelve

loco de contento esa certeza de que yo, manejando el torno y cantando, cantando mucho por dentro y por fuera, puedo hacerme santo...: ¡qué bondad la de nuestro Dios!"

(Surco)

Josemaría Escrivá, a lo largo de su obra, trata temas afines a esta actividad imprescindible para la supervivencia del individuo y de la civilización. Me refiero, entre otros, al amor por lo que se hace (mas allá de la enajenación o del interés económico natural), al aprovechamiento de la jornada (no perder tiempo irresponsablemente), a la ejemplaridad y al prestigio profesional (ser competente y eficaz), al valor del trabajo bien hecho (terminado con calidad, sin apuros, ni chapucerías) y a la necesidad, muy atendida por él, de tener presencia de Dios durante la faena (el recurso mismo de la santificación):

359. Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo.

(Camino)

SANTIFICARSE EN EL TRABAJO

Lumen Gentium y Gaudium et Spes, documentos del Concilio Vaticano II, confirmaron el llamado a la santidad que Escrivá de Balaguer, con énfasis en la vocación divina en el laicado, invocaba desde fines de la década del 20. Pero la osadía de considerar al trabajo sencillo y monótono una manera de tratar íntimamente al Señor, aunque recogida por el Concilio, resultó - todavía resulta- escandalosa e incomprensible.

735. Una persona piadosa, con una piedad sin beatería, cumple su deber profesional con perfección, porque sabe que ese trabajo es plegaria elevada a Dios.

(Forja)

Aquel trabajo que a los ojos del hombre parece correcto, se refina en busca de la aceptación de Dios. Cada detalle cumple un reclamo silencioso. En ocasiones la alabanza hace de las labores una prolongada conversación. Trabajo y oración se funden en una misma cosa:

Reconocemos a Dios no solo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por El, herederos de sus promesas.

(Es Cristo que pasa, 48)

La actividad humana habrá de convertirse en un holocausto sagrado que se cumple con responsabilidad y desprendimiento, para administrar el deseo de agradar a Dios. La oración, por su parte, arma mucho más poderosa, se contiene en el trabajo.

La peculiaridad de este llamado a la santidad recuerda que no es necesario abandonar las tareas para alcanzar una perfección a imitación del Padre (*Mt. 6, 48*); que no es tampoco una condición para elegidos, es decir, seres raros, sino un diálogo perenne con el Señor donde el hombre "ha sido transparente y disponible a la obra de Dios", al decir del entonces cardenal Joseph Ratzinger al reflexionar sobre Escrivá:

O, en otras palabras, ser santo no es más que hablar con Dios como habla un hombre con su amigo. Esta es la santidad.

(L'Osservatore Romano, No.40, 2002, pág. 8)

SANTIFICAR CON EL TRABAJO

Las enseñanzas de Escrivá conciben la santificación de otros mediante el trabajo realizado para gloria de Dios, mediante el ejemplo propio, de la consagración callada donde prima el quehacer bien cumplido, impecable.

*El trabajo profesional -sea el que sea- se convierte en un
candelero que ilumina a vuestros colegas y amigos.*

(Amigos de Dios, 61)

Bajo el predominio del servicio, trabajo y apostolado encuentran la alianza que ya tenían el trabajo y la oración. Como Pedro, Andrés, Santiago, Juan, Mateo y Pablo fueron escogidos por el Maestro durante el “ejercicio de la profesión” (*Camino*, 799), el nuevo apóstol será un trabajador llamado a mitad de la jornada para una entrega total:

*685. Trabaja siempre, y en todo, con sacrificio, para poner a Cristo
en la cumbre de todas las actividades de los hombres.*

(Forja)

El apostolado es único y múltiple: “apostolado del sufrimiento”, “de la discreción y la confianza”, “apostolado de la diversión”, “de la inteligencia”, “de no dar”, “apostolado epistolar”. Las variantes de un apostolado profesional inducen a no dejar de ser católico al entrar en el taller o en la oficina, en la asamblea o en la universidad (*Camino* 353).

Pero es inadmisibles un apostolado sectario, de grupitos o “capillitas”. Sin ser mundano, se ama al mundo desde adentro, para desear su santificación.

*301. Un secreto. -Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son
crisis de santos.*

*-Dios quiere un puñado de hombres “suyos” en cada actividad
humana. -Después... «pax Christi in regno Christi» -la paz de
Cristo en el reino de Cristo.*

(Camino)

HACIA UNA TEOLOGÍA DEL TRABAJO

El pensamiento de San Josemaría Escrivá de Balaguer parece oscilar entre una teología de la Creación y la teleología del trabajo, es decir, una reflexión sobre la finalidad del trabajo en la vida material y espiritual. La unidad de esa vida cristiana, advierte monseñor Javier Echevarría, actual Prelado del Opus Dei, cuando se refiere al fundador, exige fundir el trabajo, la oración y el apostolado (*L'Osservatore Romano*, N. 41, 2002, pág. 7).

La plenitud de la vida en la tierra y la edificación de la Ciudad Celestial, dependen, además, de la impecabilidad de una labor convertida en *operatio Dei*, “trabajo de Dios”, que ha de fructificar en una obra de Dios, Opus Dei. Como sugiere “El taller de Nazareth”, un nicho en el retablo del Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad, cuando en la tranquilidad amorosa del hogar José prepara un madero y enseña, Jesús aprende y María cose, forman una Sagrada Familia de Artesanos. La naturaleza del *Deus Faber*, Dios Artesano, devela, a su imagen y semejanza, no solo al *Homo Sapiens*, sino a un *Homo Faber*, diría Ortega y Gasset, al hombre que trabaja.